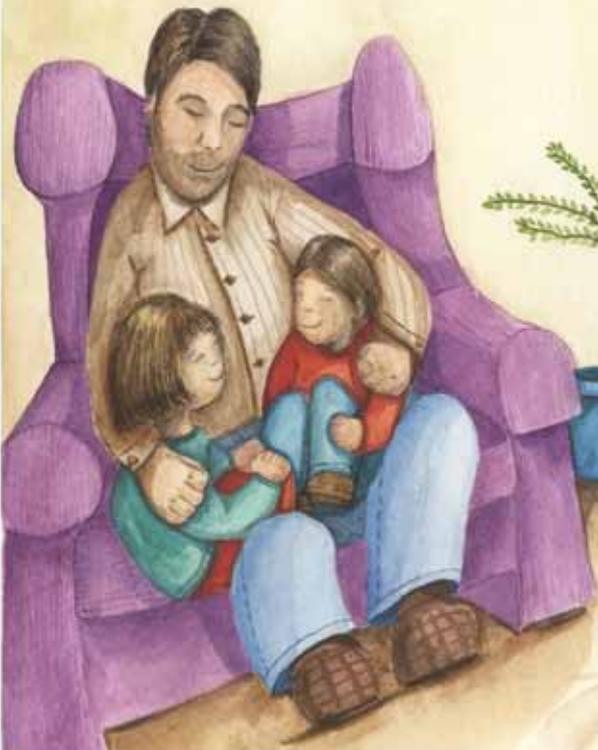
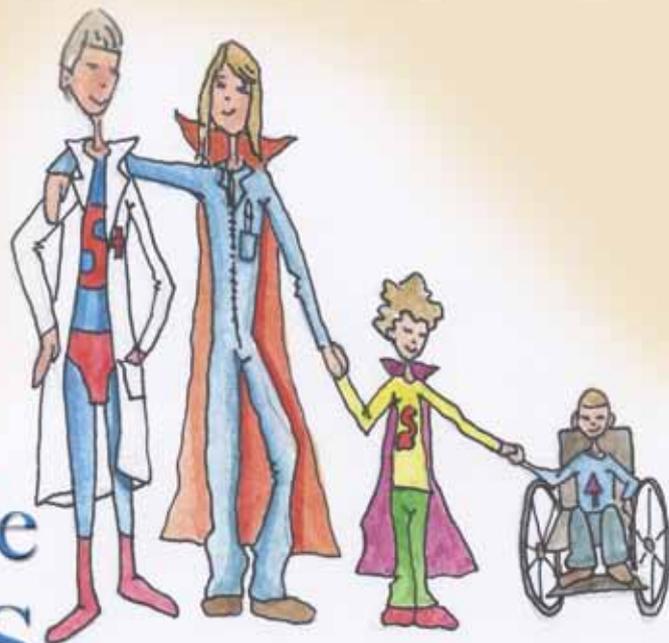


CAMILA y CAMILO



IX Certamen
de cuentos por
LA IGUALDAD



FAMILIA de
SUPERHÉROES

Ilustraciones: Ángela Muñoz

IX Certamen
de cuentos por
LA IGUALDAD

2018

Edita: **Ayuntamiento de Alcalá la Real**

Dep. Legal: **J ???-2018**

Textos: **Lola Llatas**

Fátima M. Ruíz Torrecillas

Ilustraciones: **Angélica Muñoz©**

Impresión: **3 Impresores Sur**

El copyright de los textos y las ilustraciones pertenece al Ayuntamiento de Alcalá la Real

“Los seres humanos tenemos muchas cosas en común y las que nos unen son mucho más bonitas que las que nos separan. Centrémonos en las primeras que lo bueno se contagia.” Esta frase es una sabia frase que nos deja en su blog la pequeña Nina, la guerrera de Von Gierke, una pequeñita de apenas un año que lucha cada día con una enfermedad rara que lleva ese nombre.

Si en vez de por el ADN nuestros cuerpos vinieran determinados según nuestros deseos, seríamos una especie de criaturas clonadas.

Este año el cuento ganador es un ejemplo de cómo nos unen los anhelos más profundos y nos separa únicamente lo superficial, aunque nos empeñemos con toda nuestra fuerza en que esto último, se convierta en una barrera que nos separa, una barrera que divide a la humanidad entre otras cosas según el género y que coloca a uno de ellos, el femenino, en posición inferior.

Sin ser iguales, nos unen muchas más cosas de las que nos separan, nos unen los sueños, el deseo de obtener aquello por lo que luchamos, de quedarnos en plena desnudez sólo con lo que realmente somos, un gran corazón lleno de todo lo bueno. Luchemos pues en el mismo bando con banderas de colores, de todos los colores cosidas a mano con el hilo de la tolerancia.

Gracias a quienes hacéis de la lucha por la igualdad una obra de arte con tanta belleza y profundidad en la palabra y en la imagen. Que ambas, que también son hermanas gemelas nos hagan más felices en un mundo más igualitario.

Ánimo, a guerreras y guerreros por la igualdad.

María José Aceituno Hinojosa
Concejala de Servicios Sociales, Igualdad y Salud.

Lola Llatas

Nací en Valencia y aunque siempre sentí debilidad por la escritura, no fue hasta hace un par de años, cuando nació mi segundo hijo, que decidí que sería mi pasión y lo que ocupara mis días.

La decisión no llegó en mal momento, después de haber recorrido medio mundo y haber vivido en los parajes más remotos. Tenía la mochila bien cargada de historias que contar.

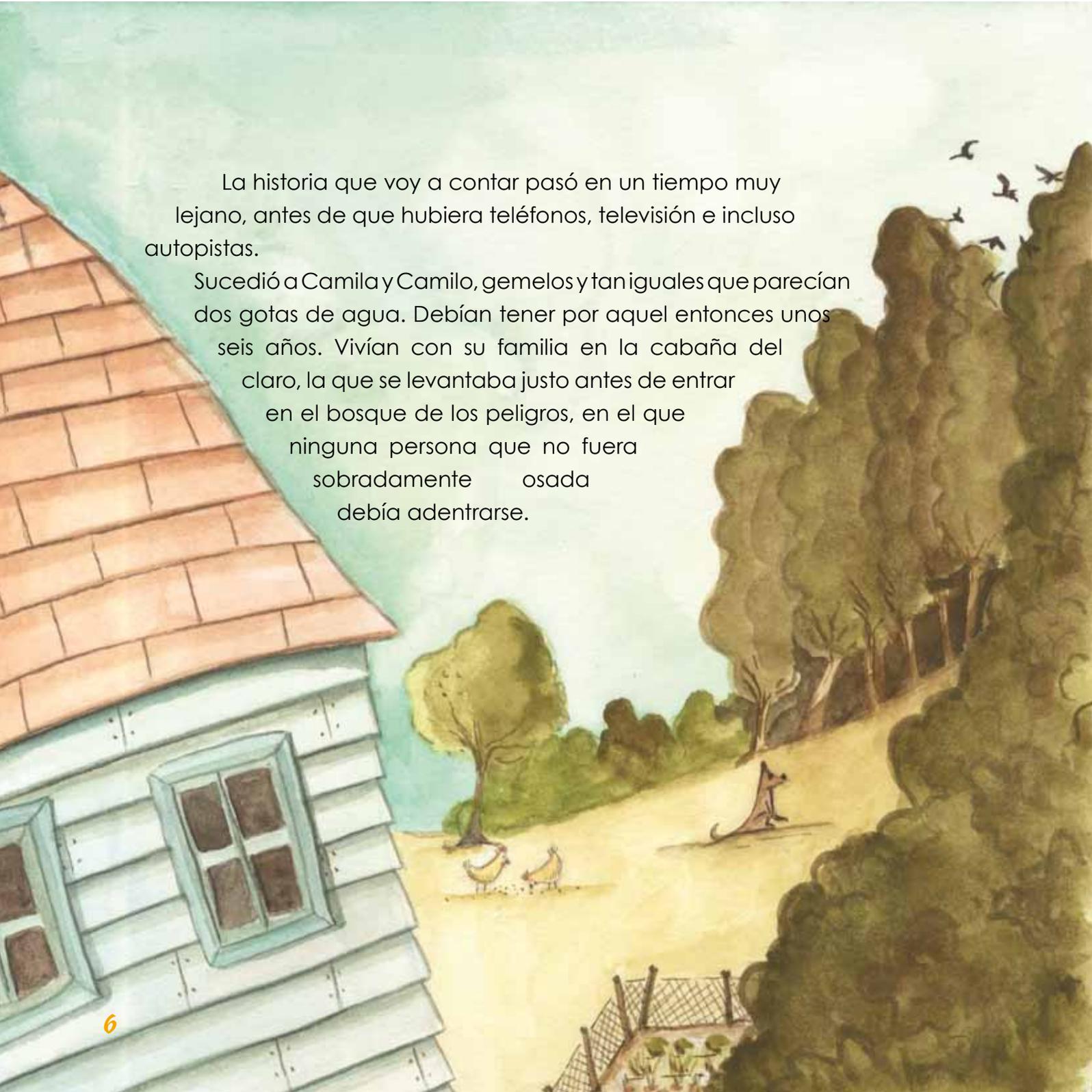
Este año 2018 he publicado un libro solidario: MIN Y EL CAZADOR DE ESTRELLAS en colaboración con 11 colegas españoles cuyo hilo principal es la igualdad de género.

Autora de la colección de Sara: SARA Y EL MISTERIO DE LA NIÑA FANTASMA

He resultado ganadora del III Certamen Literario de Montserrat y finalista en otros, como: XI Premios Literarios Constantí, XVII Certamen de Literatura Miguel Artigas.

CAMILA y CAMILO





La historia que voy a contar pasó en un tiempo muy lejano, antes de que hubiera teléfonos, televisión e incluso autopistas.

Sucedió a Camilay Camilo, gemelos y tan iguales que parecían dos gotas de agua. Debían tener por aquel entonces unos seis años. Vivían con su familia en la cabaña del claro, la que se levantaba justo antes de entrar en el bosque de los peligros, en el que ninguna persona que no fuera sobradamente osada debía adentrarse.

En el bosque de los peligros habitaban las más extrañas criaturas: duendes danzarines, hadas de las cosquillas, osos con seis patas y pájaros con cabeza de gato.

No era un lugar muy tranquilo que digamos y su padre, que era el guarda, debía asegurarse de que todo estaba bajo control en sus inmediaciones.

Os podéis imaginar cómo se lo pasaban de bien Camila y Camilo jugando en el claro. Se conocían a todos los pájaros, ponían nombre a las nubes y hacían carreras de caracoles. Además a Camila y Camilo les encantaba hacerlo todo juntos, siempre. Cuando Camilo tenía hambre a Camila le sonaban las tripas de forma espectacular y lo mismo pasaba cuando tenían que ir al baño o incluso con las ganas de eructar.

Pero un día sucedió algo imprevisto: su padre pensó que ya era hora de que cada cual comenzara a aprender su oficio.

Menuda alegría les entró cuando se enteraron. Camilo y Camila querían aprender a guardar el bosque y la cabaña así que estaban impacientes por recibir las primeras lecciones.

Cuando el guarda vio a Camilo en el claro a la hora que lo había citado se puso muy contento, pero cuando vio a Camila llegar con él, su ceño se frunció.

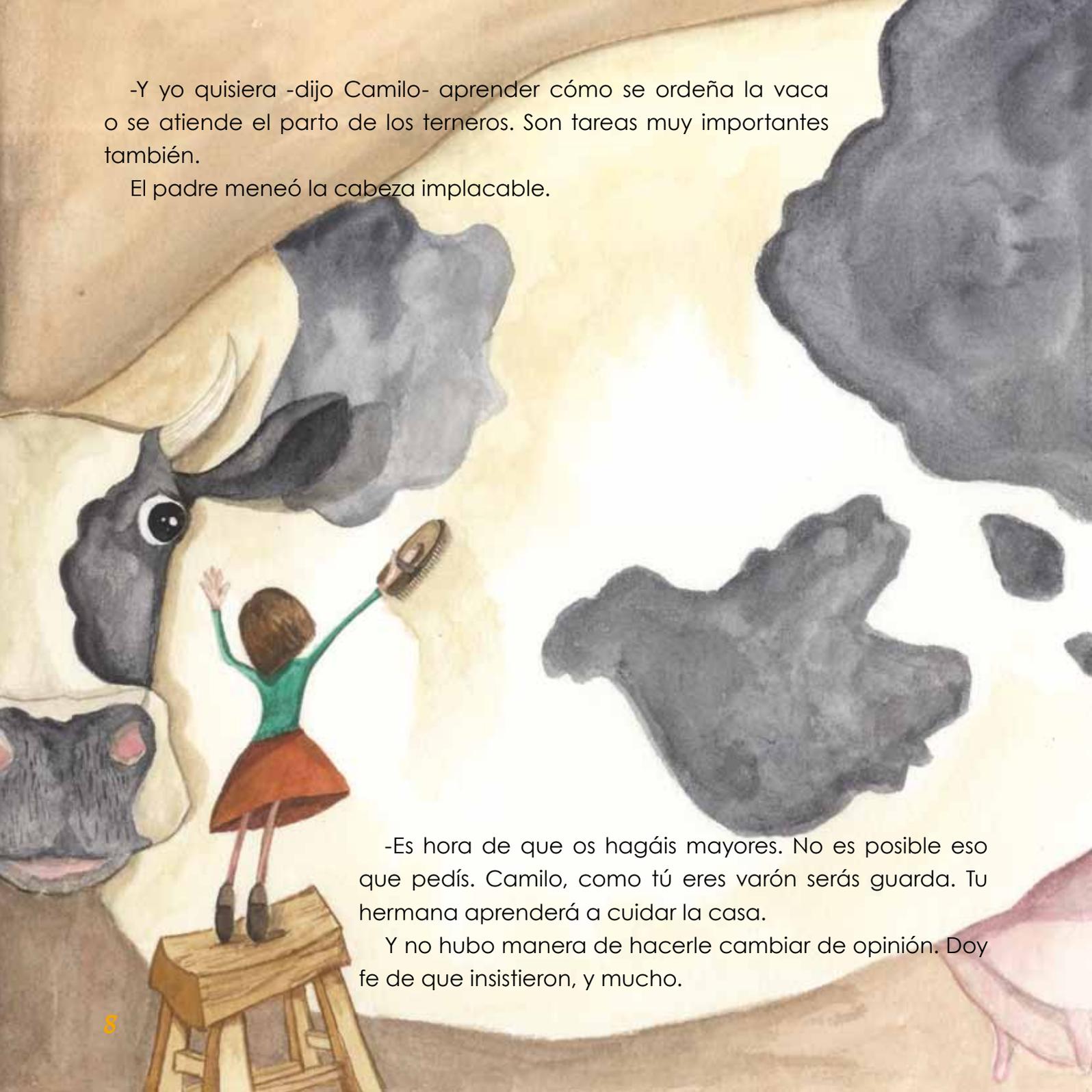
-Esto no puede seguir así -dijo a su hija intentando sonar amable-. No podéis hacer las mismas cosas todo el tiempo. Ahora debo enseñar a Camilo a guardar el bosque de los peligros y tú debes aprender a mantener la cabaña y cuidar de las vacas y las gallinas.

Camila y Camilo se miraron. ¿Debían separarse? No querían separarse por nada del mundo.

-Pero padre -dijo Camila-, yo también quisiera aprender a guardar los peligros del bosque.

-Y yo quisiera -dijo Camilo- aprender cómo se ordeña la vaca o se atiende el parto de los terneros. Son tareas muy importantes también.

El padre meneó la cabeza implacable.

A watercolor illustration of a young girl with brown hair, wearing a green long-sleeved shirt and a red skirt, standing on a wooden stool. She is holding a wooden-backed brush and brushing the back of a large cow. The cow has a white body with large, irregular dark grey patches. The cow's head is on the left, looking towards the girl. The background is a light, textured yellowish-brown. In the bottom right corner, a pinkish-red shape is partially visible.

-Es hora de que os hagáis mayores. No es posible eso que pedís. Camilo, como tú eres varón serás guarda. Tu hermana aprenderá a cuidar la casa.

Y no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Doy fe de que insistieron, y mucho.



A partir de ese día pasaron la mayor parte del día separados. Solo se veían en algunas ocasiones y de lejos. Se echaban terriblemente de menos y el único momento en el que podían hablar tranquilamente era mientras ayudaban a fregar los cacharros de la cena.

-Te echo de menos, Camila -decía el chico.

-Y yo te echo tanto de menos a ti -le respondió su hermana-. Es muy aburrido tener hambre y estar sola, o que no estés a mi lado para ver como cepillo a la vaca grande. Sé que te gustaría cepillar a la vaca grande.

Camilo asintió. Le encantaba la vaca grande, era la más blandita de todas.

-Y a ti te encantaría aprender el nombre de todas las plantas y distinguir a las venenosas de las que no lo son -le dijo Camilo.

La niña miraba a su hermano con los ojos bien abiertos. ¡Sería tan divertido!

Ese día, antes de irse a dormir, acordaron que cada noche compartirían las cosas que habían aprendido durante la jornada.

¡Qué alegres se pusieron!

Además de hacer todo lo que les gustaba se veían muchas más veces, como antes, y vale que los primeros días estuvieran un poco más cansados de lo habitual, pero se acostumbraron pronto.

Por fin estaban felices otra vez.

Y en secreto, cuando nadie les veía, Camilo llevaba a su hermana muestras de hojas o le enseñaba a interpretar huellas o a construirse la punta de una lanza. También le mostraba los cantos que atraían y alejaban a los pájaros y a los animales pequeños, mientras ella le contaba cómo fabricar los ungüentos para cepillar las botas en invierno y a mezclar los granos para el ganado.

Camila y Camilo disfrutaban de esos preciosos ratos a solas y de la idea de que podrían hacer, aunque a escondidas, todo lo que quisieran.

Pero su alegría no duró mucho tiempo y un día su padre volvió a truncar sus planes.

Iba a llevarse a Camilo en su primera excursión para explorar el bosque. Pasarían dos noches fuera y así el chico aprendería en la naturaleza.

¿Dos noches?

No podían creer su mala suerte. No se habían separado nunca tanto tiempo. ¿Cómo sabrían si el otro estaba durmiendo bien? ¿O si necesitaba un poco de pan?

Pero nada pudo hacerse y Camila y su madre vieron a los varones partir. La niña no tenía fuerzas ni siquiera para decirles adiós con la mano.

Qué despacio pasaron las horas sin Camilo. Su hermana no hacía más que mirar al bosque y se le hacía difícilísimo pensar que su hermano estaba tan lejos de ella.



Y pasó la primera noche, todo el día de después, la segunda noche y la mañana que siguió a esa noche.

No había ni rastro de ellos.

Transcurrían las horas y Camila estaba muy preocupada. ¿Dónde podrían estar?

Y aunque su madre procuraba tranquilizarla, tampoco podía ocultar la alarma en sus gestos.

Pasó una noche más y un día entero incluso, y seguían sin aparecer.

¿Qué les podría haber sucedido?

-Mamá, debemos ir a buscarlos. Podrían necesitar nuestra ayuda -suplicaba Camila.

-No podemos, hija. No sabríamos qué hacer en un bosque tan peligroso. Solo tu padre podría manejarse.

Pero Camila sabía que no podía dejarlos a su suerte y cuando su madre pensó que se había ido a dormir, escapó por la ventana y huyó al bosque.

Corrió rápido para que no la alcanzara su propio miedo y, cuando llegó a los primeros árboles, respiró hondo y sin mirar atrás, hacia su acogedora cabaña en el claro, continuó hacia delante.

Se concentró en lo que su hermano le había enseñado y consiguió dar con su rastro. Su padre era un hombre robusto y dejaba huellas profundas que no eran fáciles de perder.

Y cuando llevaba más de dos horas andando, los vio.

Se trataba de una pareja de duendes danzarines, uno llevaba al cuello la alforja de su padre. Ya le había hablado Camilo de los duendes danzarines y de lo dados que eran a secuestrar a todo aquel con el que se cruzaban. Debía andarse con mucho cuidado.

Los observó desde su escondite hasta que se quedaron dormidos. Tenían a sus prisioneros en una pequeña cueva cercana y se aproximó a ella. Por suerte, además de la entrada principal había un agujero en el suelo y era lo suficientemente ancho como para arrastrarse por él.

Se metió y cuando llegó dentro vio a su padre y a su hermano, alertas ante su llegada, temiendo que se tratara de un enemigo más.



-Soy yo, he venido a sacaros de aquí -susurró Camila.

-Camila, es una locura. Tú eres una niña, no puedes sacarnos de aquí -dijo el guarda-. Hay dos duendes danzarines y tienen el sueño muy ligero.

-No te preocupes, he mezclado unas hierbas y les he acercado su aroma mientras dormían. A esos dos no va a haber quién los mueva.

El padre se quedó asombrado. Camilo, sin embargo, había estado rezando para que su hermana acudiera en su ayuda y estaba muy contento.

Las cuerdas que ataban a su familia eran tan duras que la niña tuvo que preparar una punta de lanza para poder rasgarlas.

Su padre la miraba sin creer lo que veía.

-¿Puedes hacer tú eso? Pero si eres una niña -decía entre susurros.

Y Camila y Camilo se sonrieron.

¡Claro que podía!

Al fin quedaron libres pero cuando intentaron salir por la entrada principal de la cueva, se dieron cuenta de que estaba bloqueada con un candado mágico, de esos que usan los duendes para que nadie se les escape.

No había manera de abrirlo, así que deberían deslizarse por el agujero por el que había entrado Camila.

-Yo no puedo -decía el guarda-. Soy muy grande y no quepo por ahí.

-No te preocupes padre -dijo Camilo-. Aquí tenemos lo que necesitamos para

preparar la grasa vegetal con la que se preparan las botas para el invierno. La untaremos alrededor tuyo y te escurrirás de maravilla.

-Pero Camilo, tú no sabes hacer eso, tú eres un niño.

Camila y Camilo se miraron. ¡Claro que podían hacer eso! Y cualquier cosa que se propusieran.

Construyeron la grasa, untaron a su padre y los tres pudieron escapar de allí.

Corrieron de vuelta a casa cogidos de la mano.

Bueno, ni que decir tiene lo contenta que se puso su madre al verlos llegar y lo sorprendida que quedó cuando su marido le explicó todo acerca del rescate.

-Me habéis enseñado una gran lección -dijo el guarda-. Nunca más os diré lo que podéis o no hacer por culpa de vuestro género. Habéis demostrado que uniendo vuestras fuerzas sois un equipo invencible. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Y a partir de ese momento Camila y Camilo trabajaron siempre en armonía, felices hasta la médula.

Para cuidar del bosque de los peligros o para hacer cualquier tarea importante en la vida, ya jamás importaría si eres niño o niña, solo tener valor.

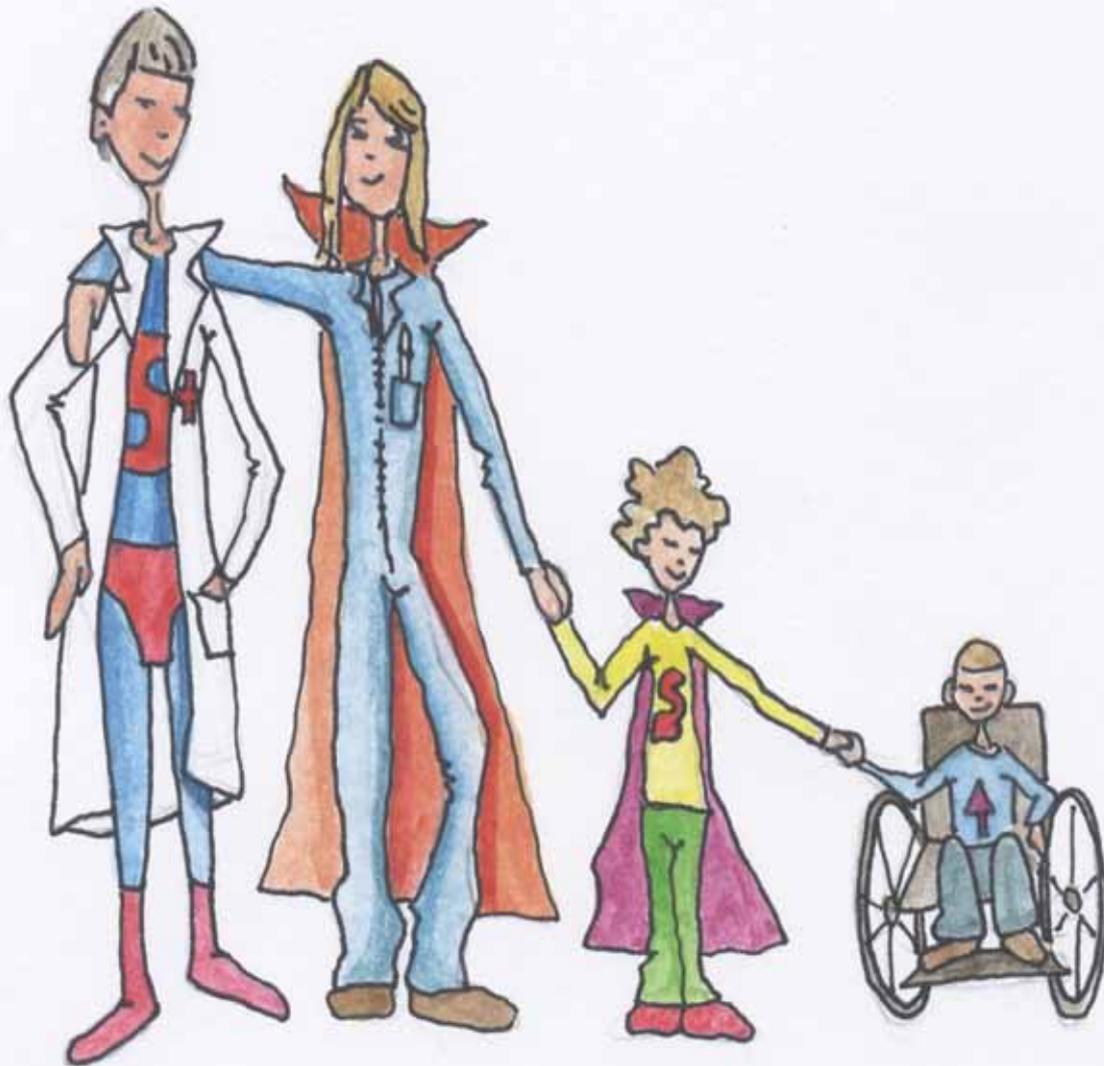
Fátima M. Ruíz Torrecillas

Es madre, maestra y aficionada a inventar historias. Nacida en Alcalá la Real en 1983, en los últimos años ha decidido hacer de las letras su forma de vida: enseña en "cuento", piensa en "relato" y trama en "novela". En 2017 publicó "Superhéroes y la alianza de los Valores" junto a Encarni Arcoya, una recopilación de diecisiete cuentos centrados en valores imprescindibles y dirigidos a lectores a partir de ocho años. Organizadora del "Primer encuentro literario Romántica en Jaén, RoJa 2017", ahora preside la Asociación Entre Letras junto a sus compañeras del RoJa.

También publica bajo el seudónimo de Hadha Clain, la segunda edición de su novela Por una cama de princesa con el sello Group Edition World se distribuye en España y Latinoamérica junto a su cuento para adultos "El globo y el traje viejo". Personajes intensos, mensajes ocultos, valorando lo verdaderamente importante: crecer como escritora y mujer.

Actualmente se centra en su nuevo proyecto, la apertura de un "Punto de encuentro literario" en Alcalá la Real, Librería Madre Tierra.

FAMILIA de SUPERHÉROES



Hoy vamos a conocer a una familia un poco especial, una de superhéroes y superheroínas. A veces, las grandes personas están muy cerca y son de carne y hueso. Lo que vas a leer a continuación ocurrió hace muy, muy poquito tiempo en una clase de tercero de primaria.

—Bien, niños y niñas, como sabéis el protagonista de la semana es Marcos. Hemos aprendido un poquito más de él durante estos días de clase: su comida favorita, sus aficiones... Hoy vamos a conocer a su familia. Marcos nos va a hablar de su madre, de su padre y de su hermano Isaac. Además ha preparado un bonito panel con fotografías que acabamos de colgar en la pizarra.

Algunos compañeros y compañeras asintieron, el resto aún bromeaba sobre las travesuras del recreo o cuchicheaban sobre el panel que había preparado Marcos. Eran varias cartulinas de colores unidas unas a otras, sobre ellas nuestro protagonista había ido colocando imágenes, frases y objetos con un importante significado para él. Su maestra se vio obligada a llamar al orden para que guardaran el silencio que su compañero merecía. Marcos estaba junto a la pizarra tragando saliva y secando sus manos en el pantalón para disimular la vergüenza. Le costaba mucho hablar en público pero su madre le había prometido que lo haría muy bien, y ella nunca se equivocaba en esas cosas. El arroz con leche siempre se le pasaba pero los consejos siempre eran acertados. Tal y como ella le pidió, contó de cinco hasta cero para relajarse. Como no lo consiguió lo intentó desde el número diez.

—Adelante, Marcos. Háblanos de tu familia.

El niño miró a sus compañeros y compañeras que comenzaban a mofarse por su actitud vergonzosa. Después miró a su maestra que le guiñó un ojo. Se detuvo un segundo mirando a través de la ventana, miraba las nubes que recorrían el cielo de aquella mañana de marzo. Finalmente, observó el panel sobre la pizarra y comenzó a hablar libre de cualquier temor.



—Me llamo Marcos Hinojosa Ruiz, tengo nueve años y mi familia lo arregla todo. — Chicos y chicas rieron y su maestra volvió a pedir silencio—. Mi madre repara electrodomésticos, lo que más le gusta es arreglar las lavadoras. También es maestra porque siempre explica a las personas cómo utilizarlas y deja una pegatina sobre el frontal que dice: No funciona con huella dactilar, cualquier persona puede utilizarla. Las instrucciones están en _____ —señaló la pegatina que había añadido a su panel—, cada familia debe escribir ahí el lugar donde ha guardado el manual de instrucciones de la lavadora para que cualquiera lo pueda encontrar.



—Vaya tontería, si poner la lavadora es muy fácil. Marcos arrugó un poco la nariz y no pudo evitar su amplia sonrisa.

—Mi madre me ha contado que eso es lo que dicen todos justo antes de llamarla para que la repare.

Aunque sus compañeras y compañeros rieron con su contestación, a Marcos no le gustó la cara que puso el chico que acababa de hablar. Sin embargo, continuó su exposición.

—Mi padre es enfermero, él arregla a las personas cuando se hacen daño y ayuda a que sanen cuando están enfermas. Dice que cada una es responsable de su cuerpo y de cuidar su salud practicando deporte, comiendo de forma saludable... También dice que debemos ser amables con otras personas que nos pidan ayuda. Da pegatinas a niños y niñas que se portan bien y no lloran cuando le pone las vacunas.

—Vaya, Marcos, ahora entiendo por qué dices que tu familia lo arregla todo —interrumpió la maestra—. ¿Y cuál de esos trabajos es más difícil?

—Pues no lo sé, maestra. Yo no sé hacer ninguno de esos trabajos. Pero lo que sí sé es que en casa somos superhéroes y superheroínas.

—¿Qué dices, loco? Tú no puedes ser un superhéroe —gritó otro de sus compañeros molestando a la maestra Lucía.

—¡Sí, lo somos!

—¿Y por qué, vamos a ver? —volvió a contradecirle.

—Porque hacemos cosas que las demás familias no hacen. Yo sé hacer mi cama y programar el lavavajillas y la lavadora. Diferenciamos la ropa blanca de la ropa de color. Papá es ultramegarápido pasando la aspiradora y nunca olvida nada

cuando va a la compra. Mamá siempre llega a casa antes de que me vaya a dormir y se sabe dos millones de cuentos sobre niños y niñas supervalientes y alucinantes. Somos capaces de preparar un bizcocho en ocho minutos sin que ningún huevo caiga al suelo. Yo soy el responsable de mis tres gatas: les cepillo, les limpio su arenero, apunto en mi agenda cuando les tocan sus vacunas que pago con mis ahorros. He plantado un árbol en cada fiesta por mi cumpleaños...

—Todo eso solo son tonterías. Los superhéroes y las



superheroínas vuelan, tienen rayos x, controlan las nubes o se convierten en perros biónicos.

Sin duda Alejandro, su compañero más charlatán, había decidido interrumpir cada uno de sus pensamientos como si la forma de ser de la familia de Marcos le molestara. Marcos ignoró sus protestas y comenzó a contar que durante sus últimas vacaciones habían estado en el pueblo de su abuela y habían repoblado todo el jardín. Marcos había disfrutado cavando en la tierra, encontrando insectos y trasplantando árboles y arbustos con sus propias manos.

—Apuesto a que tu madre no sabe volar... —volvió a interrumpir Alejandro.

—¿Por qué iba a querer volar?

—Pues porque volar es ALUCINANTE.

Marcos miró el suelo durante un instante recordando una frase que su madre le decía muy a menudo, y que tenía mucho que ver con las palabras de su compañero. Dudó en decirlo en voz alta pero... tras fijar la vista en el panel empleó el valor que necesitaba.

—Ella siempre dice que ser mi mamá es lo más ALUCINANTE que ha hecho nunca.

Guardaron silencio sin necesidad de que intercediera la maestra Lucía. Marcos fue mirando una por una sus expresiones. Su maestra sonreía emocionada. Alejandro había dejado de prestarle atención y lanzaba pequeños papelitos con forma de bola a Verónica, la niña más inteligente de la clase. Ella miraba con atención hacia el panel, como el resto de la clase.

—¿Y cómo es tu hermano? —se atrevió a preguntar Verónica.

—Isaac es mi hermano mayor.

—¿Cómo va a ser tu hermano mayor si va en un carrito a todas partes?

—Porque mi hermano es el que más poderes tiene, no necesita caminar para llegar a todos lados.



La sonrisa de Marcos fue la más amplia y feliz que jamás se había visto. Isaac tenía algún tipo de discapacidad por la que no podía caminar ni hablar demasiado, sin embargo, era el mejor hermano mayor que jamás habría podido imaginar. Jugaban juntos, hablaban sin necesidad de emitir ningún sonido, resolvían los problemas de álgebra y hacían experimentos de física y química.

—Sin duda tienes una familia espectacular —afirmó su maestra Lucía.

—Una familia que lo arregla todo, señor. Formada por una superheroína y tres superhéroes.

Agradecimientos

A las personas que han formado parte del jurado, por su colaboración desinteresada, su sensibilidad artística y su trabajo a favor de la igualdad.

Noemí Torralbo Pino. Representante del movimiento asociativo de mujeres de Alcalá la Real.

Mamen Castillo Rosales. Representante de la comunidad educativa.

Lidia Pérez Horcas. Ganadora del VIII Certamen de "Cuentos por la Igualdad" 2017.

José Luis Mesa de Santos. Representante de los medios de comunicación de Alcalá la Real.

M^a Dolores López Zafra. Representante de las Asociaciones de padres y madres de Alcalá la Real.

A todas las personas que han participado con sus obras en el noveno Certamen de Cuentos por la Igualdad organizado por el Ayuntamiento de Alcalá la Real (Jaén).

Puedes encontrar éste cuento en formato pdf en
www.alcalalareal.es (área de igualdad: materiales)



